

# OPINIÓN: A 60 AÑOS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

---

## HIPÓDROMO

POR MARCIAL GALA

Pienso en Cuba mientras voy en el tren de Tigre y paso frente al hipódromo de Palermo. Habitualmente cuando paso frente a ese hipódromo suelo cavilar en torno a Borges: me pregunto si un día se sentó en la tribuna y siguió entusiasmado el galopar de los caballos utilizando binoculares ingleses. No me lo imagino con anteojos chinos. Cuba está cambiando, me dice la gente que llega de la isla, pero eso para mí no quiere decir nada, Cuba es como esos esqueletos de navíos que persisten en un Océano del que solo queda la arena, claro que cambian, pero despacio.

Recuerdo aquel discurso de Fidel Castro que escuché siendo apenas un adolescente. “Hay gente que busca dinero fácil y que quiere vivir del sudor de los demás”, dijo en ese 1987 cuando aún existía la Unión Soviética y toda aquella entelequia llamada Campo Socialista. Luego habló de campesinos enriquecidos, meros kulaks tropicales que vendían muy caros los productos que le arrancaban a su tierra. Fue un discurso “anti cebollas”, “anti yucas” pero sobre todo anti ajos, algo así como la sublevación o la venganza de los vampiros que siempre han odiado las propiedades mágicas de esa liliácea, pues a la tarde siguiente muchos campesinos productores de ajo vieron sus haberes confiscados. “Enriquecimiento indebido”, planteaba la acusación que les extendieron y chao, todos felices, olvidamos la otra parte del discurso, la que hablaba de la camarilla de tecnócratas que habían dado al traste con el socialismo cubano, lo habían “desfuacitado”, dicho de manera más clara. “Pero ahora sí, vamos a construir el socialismo”, terminó asegurando un comandante de gorra clavada hasta el entrecejo como si enseñar la frente estuviera prohibido. Esperó que aplaudieran los presentes y antes del inevitable “Patria o muerte” esgrimió el índice que hasta entonces había sido como la lanza de la nación cubana y apuntó, no a los papeles que tenía enfrente como era habitual en él, sino a un lugar impreciso, un poco más allá de los extasiados oyentes que sin embargo no giraron la cabeza para percibir a dónde apuntaba el largo dedo de pianista.

Un dedo extendido que parecía querer llegar hasta el mismo Kremlin, dentro del cual ya Mijaíl Gorbachov empezaba a realizar su perestroika y su Glasnost. Algo así como decirle al ruso de la mancha en la calva: ya ves,

### \*Marcial Gala

nació en La Habana en 1965 y vive en Buenos Aires. Es autor de *La catedral de los negros* (Premio Alejo Carpentier, 2012), *Sentada en su verde limón* (2004) y *Rocanrol* (2019). En 2018 recibió el Premio Ñ-Ciudad de Buenos Aires por la novela *Llámenme Casandra*.

nosotros los compañeros del trópico empezamos un poquito tarde pero ya los superamos. Pienso eso mientras el tren avanza pausado sin pitar, cosa rara, este tren no pita ni traquetea. En Cuba todos los trenes pitan y traquetean aunque no vayan a ninguna parte y permanezcan desvencijados para siempre en una estación que también ya no es. Es un quejido ferroviario que va ganando la isla poco a poco hasta que no es posible escuchar otra cosa. Los que más se lamentan son los trenes de los antiguos ingenios azucareros, que como Titanic náufragos en un océano otrora de cañas, ahora de espinos, permanecen esperando el fin de los tiempos. Los antiguos ingenios son pupilas con las cuales la Cuba que ya no va a ser pretende delatarse a sí misma. El ritmo de Cuba en 1987 era la timba, una especie de son cubano mezclado con salsa portorriqueña: “tú eres una bruja, una bruja sin sentimiento”, soltaba a toda voz el Tosco, trompetista y cantante, y todas las cubanas se sentían brujas y todos los hombres éramos aspirantes a inquisidores, veníamos de aquello de “el que no salte es gusano”, así que era casi lindo darse un respiro y soltar por esa boca que se ha de tragar la tierra un himno al machismo más desaforado. Luego Cuba siguió cambiando, hasta el punto que hace poco se discutió la posibilidad de llevar a referendo un nuevo código familiar que de seguro haría que los huesos de los viejos guerrilleros de hacendados azucareros y de sacerdotes y monjas se estremecieran en la tumba. Ese código que establecía otras formas de entender la familia ni siquiera fue al Parlamento cubano, hubo una especie de histérico berrinche dirigido por las iglesias protestantes que llenaron las ciudades de carteles y por el eslabón perdido de la cadena comunistas, antiguos represores que aún guardaban en sus paladares la memoria de tantos pájaros condenados al ostracismo, al desempleo o a la cárcel pura y dura, la famosa ergástula dentro de la ergástula que ya viene siendo un país donde se te condena no por lo que haces, sino por lo que eres.

El tren va dejando atrás el hipódromo. Es fácil imaginarse a Borges asistiendo al hipódromo de Buenos Aires muy de mañana con corbata de colores vivos, sonrisa de cortesía y ojos algo extraviados. Es imposible imaginarse al autor de *Antes que anochezca*, Reynaldo Arenas, asistiendo a las carreras en La Habana, en primer lugar porque después del 59 en Cuba no hubo hipódromos y al poco tiempo de haber publicado *Celestino antes del alba* se vio obligado a llevar una vida clandestina, casi arbórea en ese pulmón de La Habana que es el parque Lenin, durmiendo debajo de los árboles y con

una Remington como única propiedad, máquina en la que tecleaba sus historias que luego le hacía llegar a un editor francés. Es difícil imaginar a Borges en el parque Lenin de La Habana yendo a buscar los manuscritos de Arenas para luego entregárselos al francés de manos ávidas. Borges nunca conoció a Arenas personalmente, Borges conoció a Virgilio Piñera y a Rodríguez Feo en casa de Bioy Casares. Virgilio se sabía puto, feo y poeta y en segundo lugar en la literatura cubana después de Lezama, al menos eso dice en su poema epitafio por la muerte del autor de *Paradiso*. Virgilio intentó besar la tierra de Cuba cuando regresó de Argentina, pero solo besó el recalentado asfalto del aeropuerto de La Habana. Borges nunca estuvo en Cuba. Cuba nunca estuvo en Borges. Todo escritor cubano en Buenos Aires es un poco Virgilio Piñera aunque ya no hay un Borges que los reciba junto con Bioy y Pepe Bianco. Tampoco hay un Gombrowicz que aconseje a los argentinos que maten a Borges. Pero volviendo a Virgilio, ya en Cuba tuvo su época de gloria en aquel suplemento literario llamado *Lunes de Revolución*, época que transcurrió rápido como papalote que se va a bolina, y de pronto lo agarró el ostracismo que empezó con un discurso de Fidel Castro que entonces no era tan viejo, ni tan sempiterno, un discurso condenado a todo lo que era distinto, es decir a todo lo que era Virgilio Piñera y lo que eran sus amigos. Claro que no lo dijo así, no dijo “condeno a todo aquel que es diferente”. La Historia mundial está llena de sutilezas y eufemismos.

Cuba está cambiando, pero el posible referéndum que iba a autorizar otra manera de entender la familia no fue ni siquiera discutido y aún no hay un medio de prensa autorizado que no pertenezca al partido comunista o a la juventud comunista que no es lo mismo pero es igual.

De cierta manera Cuba está envuelta en un tipo de cambio despacioso y silente, casi nada. Ese cambio típico del poder que hace del secreto su arma predilecta. Ese “a su debido tiempo” que tanto se ha empleado para atenuar reivindicaciones y cambios. Libertad sí, pero no tanta.

